



([JONATÁN POZO](#) , 02/08/2013) | El verano es la estación de la infancia. Junto con la Navidad es el momento del año que con más impaciencia esperan. Pero también para los adultos puede ser un tiempo especial. Mientras todo se ralentiza nosotros podemos buscar momentos para la reflexión, la relajación y la búsqueda de nuevos retos para el próximo curso.

El verano viene cargado de recuerdos: el olor a coco de la crema solar que me ponía mi madre, aquellas maravillosas semanas en el pueblo de mi abuela, las primeras vacaciones en la playa que coincidieron con el coche nuevo, las sandías y los melones que me hacían ir a comprar al puesto, el gazpacho de mi abuela, las series y las siestas, los batidos de chocolate y, claro, los cuadernos de repaso.

No todo se pierde con el paso de tiempo. Cuando los hijos llegan a tu vida tienes la oportunidad de rememorar tu infancia, procurarles a tus pequeños unos buenos recuerdos y mantener o crear tradiciones familiares.

Este verano quisiera emprender esta la noble tarea de disfrutar del verano, después de unos meses bien complicados. Para ello voy a necesitar descargar mi mente, congestionada de pensamientos tóxicos, que han ido condicionando mi comportamiento y minando mi ánimo. Con todo esto el cerebro envejece a marchas forzadas y la percepción nos traiciona porque lo tiñe todo de oscuridad, incertidumbre y desesperanza. Lo primero que tendré que hacer será aplicar lo que Pablo de Tarso es pidió a sus amigos de la ciudad de Filipos: “...*pensad en todo lo que es verdadero, en todo lo que merece respeto, en todo lo que es justo y bueno; pensad en todo lo que se reconoce como una virtud, y en todo lo que es agradable y merece ser alabado.*”



[Work and Relax](#)